

V
ANARQUISTA

V

ANARQUISTA

Salvador había terminado satisfactoriamente sus estudios, María estaba contenta de su obra; pero hacía ya dos años que el joven carrocerero estaba enamorado de la señorita Aurora Ponce, hija de un honorable comerciante, y creyendo María que su sobrino era demasiado joven para casarse, le propuso acompañarla á Europa con el carácter de secretario, durante un viaje de dos años.

Esto le serviría para perfeccionarse en su oficio, y al regresar, María le proporcionaría los medios de establecer un gran taller, dotado de todas las mejoras que la industria moderna ha introducido en el ramo de carrocería.

Aunque sintiendo mucho separarse de su novia, Salvador aceptó el generoso ofrecimiento de su protectora á la que amaba y respetaba cual si fuera su madre.

Aurora lloró mucho al recibir esta noticia, pero Salvador le juró serle fiel; habló al padre de la joven y quedó convenido que el matrimonio se verificaría al regresar del viaje.

La Escuela industrial quedó á cargo del Director, un hombre íntegro y honrado en quien María confiaba enteramente.

Al llegar á París, Salvador fué admitido en los talleres-modelo de la casa Martín y Cía.

Durante el día, Salvador trabajaba en el taller y por la noche se ocupaba de los negocios y la correspondencia de la señora.

Instalada en un modesto hotel en la Avenida Kleber, María salía muy poco y procuraba no contraer demasiadas relaciones; estaba siempre triste y solía llorar á solas.

Á su pesar, y con frecuencia, se acordaba de Rosa, de aquel hombre que tan enamorado parecía de ella, y cuya noble figura y elevados sentimientos habían logrado conmovérla.

El plazo que ella misma había fijado para ser su esposa, había expirado y Rosa no volvía.

Desde el día en que saliera de su casa aceptando la condición que se le había impuesto, María no volvió á verle ni á saber más de él.

¿Se habría expatriado? ¿Habría ya muerto? ¿Le habrían asesinado?

«¡Ahl corazón de mujer, pensaba la hermosa viuda en sus horas de tristeza, qué bien han hecho los que te han declarado un *hondo abismo*.»

«Yo, que llegué á soñarme una *mujer fuerte*, tengo que confesar que no lo soy y que le amo.»

Una tarde en la que Salvador, que siempre procuraba distraer á María, la había invitado á visitar el Louvre, salían los dos de brazo y esperando su coche se detuvieron en la esquina.

En los momentos en que el coche se acercaba, vió María frente á ellos un hombre mal vestido, con el cabello casi hasta los hombros, la negra barba muy crecida, y el semblante muy pálido y enflaquecido.

Aquel hombre había venido por la calle de Rivoli, y al mirar á María se detuvo; brilló en sus grandes y ardientes ojos negros, algo como un

relámpago de dicha ó de emoción, y luego se volvió violentamente y se alejó á toda prisa en dirección al Sena.

María, profundamente emocionada, se sintió desvanecida, y alarmado Salvador se apresuró á instalarla en su carruaje.

—¿Está usted mal?, preguntó con solicitud á la señora.

—No, Salvador, estoy ya bien, contestó ruborizada, creí reconocer á un antiguo amigo... ¿ves aquel hombre de la barba negra? Síguelo sin perderle de vista y aunque tengas que emplear toda la noche averigua quién es y dónde vive; necesito saberlo.

Salvador se puso en marcha; el hombre cruzó el Sena por el puente del Louvre y se internó en las estrechas calles del barrio latino.

María entre tanto regresó á su casa y dió orden al portero de decir á Salvador, á cualquier hora en que viniera, que subiese á hablarle.

Impaciente y agitada esperó largas horas.

Por fin, como á las dos de la mañana, oyó sonar la campanilla y momentos después vió entrar á Salvador que le refirió lo siguiente:

—Cuando me separé de usted seguí al hombre de la barba, hasta uno de los barrios más pobres y lejanos.

Le ví entrar en una casa sucia, de aspecto miserable y entré en pos de él. Tras varios incidentes novelescos, me encontré en un salón muy grande y casi á oscuras, pues tan sólo estaba iluminado por una lámpara que había sobre la única mesa que se veía en la habitación.

Mas de cuarenta hombres, la mayor parte obreros, se reunieron allí.

Había también algunos estudiantes rusos y varios individuos de aspecto tan siniestro que á primera vista se comprendía que eran bandidos.

Indudablemente aquellos hombres eran anarquistas y se reunían con el objeto de fraguar no sé qué tenebrosos y criminales proyectos; pero los acontecimientos se habían encadenado de tal modo que cuando comprendí el peligro en que me hallaba y quise retirarme, ya era tarde.

Me habían tomado por espía, me sometieron á un minucioso interrogatorio, tuve que mostrarles mis manos desenguantadas para que se convenciesen de que yo era un obrero, y estaba

á punto de salvarme, cuando llegó un español.

Yo había manifestado que venía de Madrid con objeto de enganchar obreros para un taller que en aquella ciudad debía instalar en breve plazo; pero el recién llegado me dirigió la palabra en su lengua, y al oírme hablar, les dijo á los demás que ni mi dialecto ni mi pronunciación eran españoles, renació la desconfianza, y aunque el hombre de la barba negra trató de defenderme á toda costa, salieron á relucir varios puñales.

Yo, que durante todo el tiempo que había permanecido entre ellos me ocupé en examinar con disimulo el sitio en que me hallaba, tenía formado un plan:

Derribé de un golpe la lámpara y quedamos á oscuras.

Me abrí paso á silletazos, hiriendo gravemente á varios hombres, pues la silla de la que me serví como de maza, era una pesada silla de madera de roble; aprovechando la espantosa confusión que se produjo, rompí una de las ventanas y salté desde el segundo piso á un tejado del primero, encontré un tubo de hierro y por él me bajé hasta la calle.

Anduve á la ventura, desorientado, varias calles, hasta que encontré un policía que me indicó el camino, y al regresar, ví en los momentos en que entraba al puente de las Artes, que un hombre se lanzaba al agua desde uno de los pilares; corrí violentamente á lo largo del Sena, aligerándome de ropa en tanto que corría, logré tomarle delantera, me eché al río y conseguí salvarle á pesar suyo.

¡Cuál sería mi sorpresa al reconocer en aquel infeliz que trataba de suicidarse al *hombre de la barba!*

Busqué un coche, le conduje á un hotel, conseguí reanimarle por completo, hablamos largamente, me confesó que era mexicano y que obligado por el hambre, por las vicisitudes y desgracias que en París le habían sobrevenido, se había al fin afiliado entre los anarquistas.

Me dijo que de todas maneras, moriría muy pronto, pues había contraído compromisos de tal naturaleza, que al no cumplir con ellos perdería la vida á manos de sus mismos compañeros.

Le aconsejé que volviera á su patria, que allí no correría peligro alguno, me contestó que le

sería imposible por carecer completamente de recursos.

Debe pesar sobre la existencia de ese hombre, que no es vulgar y parece muy instruido, alguna pena terrible, pues llegó un momento en que le ví llorar amargamente.

Por una feliz casualidad, había yo vuelto á encontrar la levita que me había quitado para echarme al agua y en la que traía dos billetes de mil francos.

Se los dí con el carácter de prestados, me miró conmovido diciendo: *aceptaré el dinero que me ofrece si usted me hace el favor de creer que soy, á pesar de todo, un hombre honrado y si se digna estrecharme la mano en prueba de ello.*

Le abracé sin poder contenerme, volvió á llorar y me ofreció que hoy mismo regresaría á su patria, si antes no le asesinaban.

Me dió su dirección y le ofrecí escribirle á México; nada le hablé de usted por que me pareció imprudente: se llama José Angel de la Rosa, ¿es éste el hombre?

¿Le parece á usted bien lo que yo he hecho?

— Por fortuna, contestó la señora, todo ha sa-

lido bien, pero si yo hubiera sabido el peligro á que te exponías, jamás hubiera consentido en que arriesgaras tu vida de ese modo: tú, Salvador, eres un valiente, y te has portado como un hombre; pero yo hice muy mal en exponerte, obré con demasiada ligereza...

— Señora, interrumpió el joven, no fué tan grande el peligro que corrí, pero si alguna vez tuviera que exponer mi vida seriamente para servir á usted, la expondría sin vacilar, y la daría con gusto, pues mi vida le pertenece á usted por el cariño que la tengo y por la gratitud que le profeso.

Luego besó la mano de María, con respeto de hijo, y se retiró á su habitación.

Cuando María se quedó sola, lloró como hacía mucho tiempo no había llorado. Recordó su niñez desventurada, su loco amor por Juan, los días felices que pasó al lado de su amante y protector, la muerte de su madre y de su hermano, todas las amarguras de su alma y todas las desgracias de su vida.

¿Por qué el destino había sido tan cruel para con ella?

Ella jamás había hecho mal á nadie, por el contrario, hacía bien á todo el que podía.

Otras mujeres hay que son felices, y muchas que lo son sin merecerlo.

¡ Tienen un padre bueno y cariñoso, una madre querida y respetada; se casan, son amadas, tienen hijos á quienes amar, lo tienen todo! Ella nada tenía.

Salvador, aquel bello y noble joven, era el único sér que la quería sobre la tierra; pero él amaba á Aurora, se casaría con ella, crearía un hogar dichoso y María volvería á quedarse sola.

Rosa, su último amor, la última esperanza de su vida, no volvería ya más, estaba hundido en un horrible abismo de miseria, de perdición y quizá hasta de crimen.

Y aunque volviese, ¿podría ella ser la esposa de aquel hombre?, ¡no, y mil veces no!

La obra de María era una obra de amor y redención, su vida entera estaba consagrada á los hombres sus hermanos, su misión era crear, regenerar, amar y redimir.

La obra del anarquismo, la de Rosa, era una negra obra de odio y de exterminio: su misión era destruir.

Y destruir injusta y ciegamente, hacer el mayor mal sin esperanza de obtener el más pequeño bien.

Abrazar una causa destructora y homicida sin objeto, sin fin, sin ideal y sin fe.

Matar sin compasión mil inocentes por cada criminal; sembrar por todo el mundo el crimen y el espanto, sin conseguir con esto más que enlutar la Tierra y destruir la sociedad.

¿Podrían ir juntos por el mundo, llevando ella la antorcha de la ciencia y la bandera blanca de paz y caridad, y llevando él la tea del incendiario y la bandera negra, como sangriento emblema de odio á la humanidad?

María no se explicaba, cómo Rosa, un hombre de talento, un hombre honrado, podía haberse afiliado en una secta de ignorantes, feroces y despiadados asesinos, que reclutan sus más ciegos partidarios entre los locos, los fanáticos y los alucinados visionarios; les surgieren ideas de exterminio y los empujan al cadalso por el camino del asesinato.

¿Rosa también creería como ellos que el mundo está muy mal organizado, que el capital está mal repartido, que hasta los que no trabajan, los cri-

minales, los bandidos, tienen derecho á poseer lo que los hombres honrados han ganado?

Verdad es que entre los poderosos y los ricos hay muchos egoístas, malvados, déspotas y crueles; pero, ¿acaso los pobres son todos ellos buenos, generosos y honrados?

Y sobre todo: ¿Por qué la digna y útil clase obrera se deshonra, se degrada y desciende hasta asociarse con holgazanes pervertidos?

¿Acaso el robo, el asesinato y la violencia, constituyen los medios de aumentar su salario y mejorar su posición?

Huir de las tabernas, concurrir á las escuelas nocturnas y á las Bibliotecas, educar á sus hijos y darles buen ejemplo, amar y respetar á sus esposas y sostener muy altas la dignidad y el nombre de su clase; ahorrar aunque sea á costa de grandes sacrificios, ayudarse los unos á los otros, cumplir con sus deberes y apoyarse á fin de conseguir el alza de jornales: hé allí el medio legítimo y honrado de mejorar la sociedad y de obligar al capital á repartirse en forma de salario equitativo entre las necesitadas clases que trabajan.

Si los obreros, todos, se unieran, se ayudaran,

se ilustraran; fundaran sociedades mutualistas y cooperativas; si organizaran grupos respetables, llegarían á imponerse al capital, que no podría marchar, ni progresar sin ellos.

La salvación de la gran clase obrera, no está en el anarquismo; está en la ilustración, en el trabajo honrado, en el ahorro, en la sociedad cooperativa, en la unión fraternal, hasta en la misma huelga; pero huelga pacífica, bien organizada y enérgica y debidamente sostenida.

La huelga es algo justo, es el ejercicio de un legítimo derecho, el de obtener la justa retribución de su trabajo; pero la turbulenta huelga de un grupo aislado, nada vale ante el capricho de un capitalista.

En cambio, ante la huelga pacífica bien organizada de todo un gremio de operarios, ante el imponente espectáculo de 100.000 hombres unidos y resueltos, no á atacar, sino tan sólo á sostenerse y ayudarse, los grandes industriales tendrían forzosamente que ceder ó que estrellarse.

Pero matar al Jefe de un Estado, asesinar á un Rey, volar con dinamita el hogar de un millonario y sepultar entre sus ruinas á miles de inocentes,

dejando en la orfandad á mil familias; esto es violar los sagrados derechos del hombre y deshonorar la humanidad; esto es subir las gradas del cadalso, dejando en pos de sí, á más de la miseria, la infamia y la deshonra á sus familias, el odio hacia su causa y el oprobio á su nombre.

Jamás el crimen llegará á reformar las sociedades ni á mejorar el porvenir.

Jamás el hombre llegará á ser feliz, si no es honrado; la dicha, el bienestar y el porvenir de la familia están en la virtud, en el saber y en el trabajo.

Tal pensaba María, deseando ardientemente volver á ver al sacerdote Rosa.

¡Si ella pudiera hablarle, tal vez llegara á convencerle!

Ya no se casaría con él, por que sus antes castas manos, estarían hoy manchadas con sangre de inocentes; pero al menos podría, si aún era tiempo, apartarle del mal, regenerarle, y volverle al aprecio de los hombres y al camino del bien.

¿Cómo aquel hombre que parecía tan noble, tan instruído y tan generoso, había rodado hasta el obscuro fondo de ese abismo social en que á im-

pulsos del hambre germinan y fermentan desde hace algunos años las pasiones más negras, los vicios más horribles, los fanatismos más extraños, los desequilibrios más funestos, las iras más salvajes y los odios más intensos?

Sin poder explicarse las misteriosas causas que presiden las horribles caídas de los hombres, ni las inexcrutables leyes que rigen los destinos de las clases sociales, María muy fatigada y profundamente entristecida, logró por fin dormirse recordando entre sueños las desconsoladoras frases del sabio Estévanez:

¡Hay más allá del humano entendimiento, no sé si muy arriba ó muy abajo, una fuerza cruel é inteligente que dirige la eterna evolución de la materia: una fuerza serena, inexorable, sin odio y sin amor, que realiza su obra transformadora y progresiva, sin importarle el tiempo transcurrido, la energía consumida, el sufrimiento ocasionado, las víctimas caídas, los hombres y animales arrojados; y sin tener en cuenta ni la suma de vida que gasta, ni los tesoros de inteligencia que desperdicia, ni el torrente de amor que derrocha!